



Ramón de Campoamor

El alma en pena

Leyenda

Advertencia

El objeto que me he propuesto al bosquejar esta tragedia, es el de agitar una cuestión que se puede convertir en filosófico-religiosa.

No presento más que una pequeña fase del cuadro que me había propuesto desarrollar, porque para su total desempeño me han faltado fuerzas, solicitud y tiempo. Esto, sin embargo, no destruye la existencia de la idea primordial, pues aunque estuviera engalanada con accesorios más o menos importantes, y el plan hubiese correspondido a la vasta idea que me formé de él en un principio, el fondo siempre hubiera quedado el mismo.

La cuestión está reducida a lo siguiente:

«¿La voluntad, reguladora de nuestros actos físicos y morales, obra por sí misma con absoluta independencia, o lo hace a impulsos de una providencia superior?»

Jamás he podido convencerme de las razones de los que han pretendido probarnos que carecemos de libre albedrío, y que todos nuestros actos

están regidos por la omnipotente mano de Dios. Si esto fuese así, sería necesario confesar que Dios hacía un ayo sobradamente descuidado, porque tales cosas hace el hombre que desacreditarían su augusta dirección.

¿Y quién es el necio que por otra parte cree que abandonados a nuestros propios deseos, vivimos, crecemos y nos multiplicamos, ni más ni menos que los animales de un orden inferior? Esta teoría, en mi concepto, era suficiente para hacer morir de hastío a cuantos presumiéramos de tener sentido común. Se me dirá que, al darnos Dios el libre albedrío, nos concedió un instinto de percepción que distingue lo bueno de lo malo, y que por consiguiente somos responsables de nuestros actos, en cuanto obramos con conocimiento de causa; pero esto, a lo más, no pasa de ser una argucia escolástica, porque si los alientos espirituales se hallan subyugados por los estímulos de la carne, poco importa que la Omnipotencia nos haya dado entonces el don de conciencia, pues sería lo mismo que enseñarle a un hambriento el pan inaccesible a su estómago. Doy por supuesto, que no lo creo, que en las batallas interiores tengan el mismo grado de intensidad el espíritu y la materia para ganar la victoria; el que por último quede vencido, aquel será menos fuerte, y el castigarle por su impotencia sería una iniquidad. No es mi ánimo en este lugar prejuzgar la justicia o injusticia de la suerte ulterior que nos espera, y sólo trato de manifestar que así como no me contenta ver a Dios encargado de velar sobre nosotros con un eterno pupilaje, me repugna en extremo hallarme con un albedrío que, a pesar de mi conciencia, ha de ser arrastrado por el sentido más loco.

Y si por una parte es absurdo pensar en la intervención directa del cielo, y por otra demasiado desconsolador tener por nuestros únicos móviles las eventualidades del acaso, ¿cuáles son los medios por los cuales nuestra naturaleza debe estar en relación con el alto fin para que ha sido creada?

Un espíritu que se filtra en el corazón de los actores, tomando alternativamente las diferentes formas de un sueño, de una memoria, de un placer, de un dolor, de una esperanza, de un presentimiento, es el resorte invisible que determina las acciones de este drama; pero semejante medio es indeterminado, local, raquíco. Basta para desarrollar esta composición, pero no cumple con el objeto que me había propuesto. La cuestión por consiguiente queda indicada, pero no resuelta. Falta hallar otro eslabón más aéreo que éste, infinitamente más universal, que abrace todos los actos de la existencia de los hombres hasta sus últimos pormenores; que no se aplique a él un caso dado, sino que él sea aplicable a todos los casos. Es menester, en fin, hallar la identidad de ese ser misterioso ante el cual nuestra voluntad es una esclava, a quien unos llaman sino, otros hado, otros estrella; que se insinúa en el corazón por caminos desconocidos, que excita nuestros instintos de un modo tan invisible, que a veces nos fuerza a hacer lo contrario que anhelamos. En la conciencia de la humanidad hay un sentimiento constante de atribuir el buen o mal éxito de sus acciones a un director espiritual; y si al cruzar el erial del mundo tiene el hombre una convicción tan profunda de que jamás marcha solo, ¿quién es entonces ese duende que le acompaña?...

Abandono la resolución de este problema, porque me parece de la mayor importancia, y digna por lo mismo de que se ocupe de ella otra pluma más

diestra que la de un pretense filósofo de veintitrés años.

PERSONAJES

IRENE (Alma en pena.)
DON LUIS DE CASTRO.
ELVIRA.
DON PEDRO DE LARA.
ANA.

Primera parte
Ángel-Demonio

- I -
Morir amando

Tenía Irene un amante,
y aunque al amor no se aviene
la firmeza del diamante,
fue esta vez la más constante
de las amantes, Irene.5

Siempre vivió entre ilusiones,
hasta que extinguió su vida
el fuego de las pasiones;
que en amantes corazones
quien bien ama tarde olvida.10[116]

Y sin que en rudos amaños
un pecho tan inocente
turbasen los desengaños,
así pasaron sus años
uno, diez, quince, hasta veinte.15

¡Dichoso el que así camina
por márgenes deleitosas
en ilusión peregrina,
sin que haya entre tantas rosas
para su planta una espina!20

¡Feliz la que tantas veces
la copa del gusto asiendo,
dando a sus amores creces,
jamás apuro, bebiendo,
de un desengaño las heces!25

¡Bien haya el enamorado
que ve con ojos enjutos
a los que, mal de su grado,
pagando al amor tributos,
gimiendo van a su lado!30

¡Y, aunque pese a sus intentos,
son del destino traiciones,
que unos alcemos lamentos
al compás de las canciones
que entonan otros contentos!35

Dígalo Irene, que amando
con tan livianos empeños,
jamás con impulso blando
nubló un fantasma pasando
la nitidez de sus sueños.40

Bien hizo, con ansia poca
soñar desterrando enojos,
aunque a cada idea loca
se apagó un rayo a sus ojos,
y perdió un clavel su boca;45

Que es mejor que la mejilla
se nos descolore a plazos,
que ir dejando con mancilla
de nuestra senda a la orilla
el corazón a pedazos.50

-¡Pobre Irene! -exclamó un día
su madre, al ver que inocente
muriendo, se sonreía;
y al verla morir la gente,
-¡pobre de Irene! -decía.55

Dejadla, que, así muriendo,
será más feliz su suerte.
¿Qué más quisierais, que yendo
hacia vosotros la muerte
os asaltase durmiendo?60

Dejadla, y no turbe alguno
su ilusión con loco empeño,
pues no ha de darla ninguno
más que un adiós importuno
al despertar de su sueño.65

Más lejos, turbas galanas
de amantes, que en la locura

de vuestras mentes livianas,
quisisteis hacer hermanas
la desgracia y la hermosura.70

Necios los que en sus paredes
escribís, porque no asoma
a dispensaros mercedes:
-«¡Ay de la bella paloma
que gime entre ocultas redes!»-75

Dejad a Irene que duerma,
buenos doctores, en calma;
porque se os muere la enferma
si vuestro saber no merma
males del fondo del alma.80

Y vos, piadosos varones
que veláis su último instante,
no perdáis las bendiciones
en quien da vuestros perdones
por un mirar de su amante.85

Y cuide aquel que la infunda
que sólo rinde a precitos
de amor la torpe coyunda,
no sea que aun moribunda
le arroje a la faz sus ritos.90

Calle, si en fiera agonía
rotos tan íntimos lazos
llora su madre este día.
¡Oh, si al nacer, en los brazos
muriera yo de la mía!95

Cuanto a Irene han querido
mitiguen duelo tamaño:
que lanza el postrer gemido,
mas no lleva el pecho herido
por el primer desengaño.100[117]

¡Del mundo torpes extremos!
¡Que nos reciban cantando
cuando llorando nacemos
y aun cuando al morir cantemos
nos han de dejar llorando!105

Callad; y pues que su holganza
a nuestro dolor prefiere,
¡dichoso el que en bienandanza
da al mundo un adiós, y muere

en brazos de la esperanza!110

- II -

El alma en pena

Los sobresaltos y dudas
que nuestro pecho combaten
al ver a algún ser querido
que, presa de ocultos males,
gime en un lecho, y se siente115
desfallecer por instantes,
cuando los dulces recuerdos
de sus primeras edades
dan pábulo a su existencia
para extinguirla más antes,120
sólo, en las funestas horas
de tan apurados lances,
aquel que vela a su lado,
porque lo siente, lo sabe.

Así de la triste Irene125
la desconsolada madre,
que poco a poco de aquélla
ve la existencia apagarse,
víctima junto a su lecho
de tan íntimos pesares,130
inunda el suelo de llanto,
y el viento enciende con ayes.
¡Terrible suerte por cierto
la de la anciana que en balde
prodiga a su hija adorada135
el colmo de sus afanes,
sin que a coartar el vuelo
de aquel espíritu basten,
pues de continuo embebido
en la ilusión de una imagen,140
existe, goza y discurre
por las regiones del aire,
siempre esquivando los lazos
de la prisión de la carne,
y siempre anhelando un mundo145
de espíritus celestiales!

Tendió una vez su mirada
a la luz pálida que arde,
y al ver de Irene tranquilo
el amoroso semblante,150
y una convulsión ligera
que plácida le contrae

como si en sueño tan dulce
la hiciera sonreír alguien,
desfallecida, su rostro¹⁵⁵
en pesadumbre tan grande
dejó caer sobre el lecho,
lágrimas vertiendo a mares.

Parte entregada al desvelo,
y al sueño entregada en parte,¹⁶⁰
muellemente fluctuando
entre tan dulces mitades,
quedó la madre de Irene
en un éxtasis suave,
llorando de uno ilusiones,¹⁶⁵
de otro sintiendo verdades.
Y ya una vez tan ilusa
seres forjaba ideales,
que creyó ver en su insomnio
al lado de Irene un ángel,¹⁷⁰
el que cubriéndola alegre
con sus ligeros cendales
como si tal vez con ellos
su espíritu aprisionase,
próximo a romper acaso¹⁷⁵
del cuerpo humano la cárcel,
ligeramente al oído
la murmuró este mensaje,
el cual traspuesta la anciana
creyó escuchar delirante:¹⁸⁰

-«Alma, ¿a qué llamar al cielo?
Dios a sufrir te condena.
Aun no es tiempo: acorta el vuelo;
vaga por el mundo, y pena. [118]

»Si en ti no alcanzan victoria¹⁸⁵
hoy de Luzbel los intentos,
aun para entrar en la gloria
te faltan merecimientos.

»Tu amor fue una idolatría.
¡Sombras del mundo engañosas!¹⁹⁰
¡Ay del que no ama, hija mía,
a Dios ante todas cosas!

»Si a una luz engañadora
creíste al mundo tu amigo,
Dios te destierra a él ahora.¹⁹⁵
¡Duro es, Irene, el castigo!

»¡Por cada esperanza vana
tendrás desengaños, celos...
mas sufre, que nadie gana
sin expiación los cielos!200

»Por el ser que fue tu encanto
vela hasta su hora postrera:
sigue sus pasos, y en tanto
padece, Irene, y espera.»-

Y creyendo en su delirio205
estas ilusiones reales,
despavorida la mano
tendió hacia Irene al instante,
y al ver de su tez la nieve
y de sus ojos el mate,210
fría enmudeció su lengua
y yerta quedó su sangre,
desplomándose transida,
sin dar de vida señales,
del fruto de sus entrañas215
sobre el helado cadáver.

Y al mismo tiempo empezaba
del cuerpo de Irene a alzarse
una celeste figura
diáfana, bella, radiante,220
con formas tal vez marcadas,
pero sin formas bastantes
con que dar a sus contornos
ni a sus perfiles carácter.
Vaga confusión de nieblas,225
de aromas, de luz y de aire,
que a todas imita, y todas
carecen allí de parte;
cuyas esencias son sólo
las que al espíritu atañen,230
y cuyo ser en la mente
se engendra, alimenta y cabe.
Fantasma que, concebido
por un delirio suave,
siempre a la torpe influencia235
de los sentidos se evade,
y que brilla abandonado,
débil, tibio, agonizante,
como sombra de otra sombra,
como imagen de otra imagen...240

Adiós, alma perdida,
que con incierto afán y dicha incierta,

cruzarás dolorida
la senda de la vida,
estando ya para los vivos muerta.245

No descorras liviano
el velo que nubló tu afán perdido:
ten Irene, la mano,
porque es el pecho humano
hueco infernal de víboras henchido.250

¡Cuántas sombras amadas,
consagrando al amor sus verdes años,
vagarán desterradas,
de quimeras sembradas,
cogiendo como tú los desengaños!255

Si hallases por el viento
seres que fueron mi pasada gloria,
cuéntales mi tormento,
por el dolor que siento
al relatar tu plañidera historia.260

Di que sus ayes vanos
nadie oye aquí, porque los turban luego
los rumores insanos
de esos monstruos humanos
que el mundo van talando a sangre y fuego.265

Si tal vez doloridos
quieren herir la mundanal conciencia,
que apaguen sus gemidos,
porque a muertos y a idos
sepulcros del amor labra la ausencia.270

Tan sólo yo, viviendo,
vuestro clamor enamorado escucho.
¡Quién me diera a ese estruendo
corresponder, rompiendo
la cárcel vil en que afanado lucho!275[119]

- III -
Desengaños

DON LUIS. -ELVIRA. -EL ALMA EN PENA.

Los pies sobre el pavimento,
las sienas entre una almohada,

contra un sofá reclinado
don Luis de Castro descansa.
En tal actitud no hay sueño,280
trasgo, ilusión ni fantasma,
que no nos hiera la mente,
o no nos divierta el alma.
Graves, tristes o risueñas,
juntas o desparramadas,285
se ven circular visiones
en rápido panorama,
que ya del hondo sepulcro
de nuestros recuerdos se alzan,
o ya desde un falso oriente290
las aborta la esperanza;
y por eso se oyen cantos
que hallan eco en las entrañas,
y se ven tiernos semblantes
que fuego en las mismas hallan;295
y todas se miran y oyen,
y todas en lontananza,
con rasgos de verdaderas
y caracteres de falsas,
como si fuese otro mundo,300
que sostenido en el aura
va, viene, se agranda o acorta,
para, gira, sube o baja,
que hastía, alegre o entristece
a gusto del que lo alcanza.305
Se abrió de pronto una puerta,
y, apareciendo una dama,
un diálogo de improviso
ella y don Luis así entablan:

ELVIRA ¡Luis!
LUIS ¡Elvira!
ELVIRA Irene ha muerto.310
LUIS ¿Ha muerto?
ELVIRA ¡Desventurada!
LUIS ¡Dios la tenga en su morada!
ELVIRA ¿Lo sientes?
LUIS No.
ELVIRA ¿Cierto?
LUIS Cierto.

Turbado don Luis sin duda
por su inquietud momentánea,315
no oyó uno de esos suspiros [120]
que, al resbalar de callada,
parece que de su asiento
el corazón nos arrancan.

Lamentos que a nuestro lado³²⁰
tal vez quejosas levantan
de algunos seres perdidos
las sombras enamoradas,
que, de un fatal desengaño
la hiel al probar amarga,³²⁵
sembrando remordimientos,
y doblando nuestras ansias,
acusan con hondas quejas
de nuestra fe la inconstancia.
Ayes sin ruido, que sólo³³⁰
hieren en su fondo al alma,
que sin pregonar su origen
nacen, crecen, la desgarran;
mas que comúnmente ahogados,
del mundo entre la algazara,³³⁵
como con don Luis ahora
desapercibidos pasan.

LUIS Siéntate a mi lado, Elvira.
(Lo hizo con rostro halagüeño.)

LUIS ¿Me amas?

ELVIRA Como a único dueño.³⁴⁰
(Por cierto que era mentira.)

ELVIRA ¿En tu memoria no lucha
de Irene el amor perdido?

LUIS Ni aun recuerdo si ha existido
(¡Ay de su alma sí lo escucha!)³⁴⁵

LUIS Solo sé, Elvira, que quiero,
cuando a tu lado me miro.
(Y aquí sonó otro suspiro
tan hondo como el primero.)

LUIS Ya sabes que un matrimonio³⁵⁰
al morir don Juan, mi tío,
formó, diciendo: -«Luis mío,
dejo a Irene un patrimonio.

»A legártelo me allano,
si con su mano te avienes.»-³⁵⁵

-Sí, dije: tomé los bienes;
murió, y, olvidé su mano.

Te vi, te amé, y en seguida
de ella apartando la fe,
entretenerla pensé,³⁶⁰
y al fin murió entretenida.

Y si soñando ternezas

ya ha muerto, hoy en mis desvelos,
cuantos a Irene di celos,
pagaré a Elvira en finezas.365

Espíritu que, vagando
del torbellino en las alas,
creíste hallar puro el centro
de tus amorosas ansias,
¡oh, cuántas quejas al cielo370
contra la doblez humana
elevarás, engañado,
en tus dolientes plegarias!
¡Triste Irene, que, encendiendo
de tu corazón la llama,375
todos tus dones quemaste
de un falso dios ante el ara,
y condenándote el cielo
por oblación tan profana
a desentrañar el pecho380
del ídolo que adorabas,
ves el sagrario vacío,
oyes sus promesas falsas,
tocas tu dios y es un sueño,
tu dicha una sombra vana,385
quedando al vaivén funesto
de tu fortuna contraria,
llenos de horror tus recuerdos
falta de luz tu esperanza!
Mas del corazón del hombre390
¿cuál otro don esperabas
sino el seductor halago
de engañadoras palabras,
torpes gustos que destruyen,
hiel rebozada con ámbar,395
pesares que mienten goces,
y caricias que desgarran?
Ahora, Irene, que en vano
sordos suspiros ensayas,
que nunca a herir el instinto400
de nuestras potencias bastan,
busca, alma en pena, pues lloras,
del fiero don Luis el alma,
y atórméntala con celos,
llore con la tuya aunada,405
ahogue secretas penas,
víctima de ocultas mañas;
lamente glorias perdidas,
gima tu perdida gracia, [121]
y cúmplanse al mismo tiempo410
su venganza y tu venganza.

(Y después que sonrieron,
y uno al otro se miraron,
la plática que empezaron
Elvira y don Luis siguieron.)415

LUIS ¿Y cuando, a mi ruego, humana.
nuestros amorosos brazos
sellarán eternos lazos?
ELVIRACuando tú quieras.
LUIS Mañana.

De sus estímulos siervo,420
viendo la dicha cercana
quiso disfrutarla acaso
don Luis, ahorrando tardanzas,
y estrechando embebecido
de Elvira la mano blanca,425
sus ojos voluptuosos
o en su frente de nácar,
mientras que ella al turbio brillo
mostrándose fascinada,
entre si quiero o no quiero,430
ora cruel, ora mansa,
ya con candores fingidos,
ya con inquietudes falsas,
tanto se esquivó mañosa,
cuanto se brindó con maña,435
creyendo dar a su amante,
en afecciones tan varias,
de su candor claro indicio,
y de su honor muestras claras.
Don Luis redobló su esfuerzo,440
y tules venciendo y gasas,
fue poco a poco asaltando
de su hermosura el alcázar;
y ya con torpes arrobos
iba a coronar sus ansias,445
cuando esfórzandose Elvira
como si un áspid hollara,
con estudiada apostura
cruzó de pronto la estancia,
y exclamó desde la puerta450
sonriéndose: -¡Mañana!-

Quedose de pie el de Castro,
inmóvil como una estatua,
dulcemente saboreando
de su entonación la magia;455
y fomentando en su mente

locuras de la esperanza,
vio un porvenir alumbrado
de siempre risueñas albas,
torpes deseos cumplidos,460
luchas de amor coronadas,
fiestas, nupcias, devaneos,
placeres, músicas, danzas,
a cuyo encantado aspecto
dijo con placer: -¡Mañana!-465

¡Y luego, como si oculto
algún ser se deslizara,
que en su tránsito absorbiese
los sueños de sus palabras,
tras el conjunto risueño470
de amores, bailes y gallas,
traslució un mundo, poblado
de ensangrentados fantasmas,
deshechos planes de gloria,
de amor mentidas alianzas,475
placeres desencantados,
sangre, cadáveres, dagas...
Y cual si hiriese su frente
el talismán de una maga,
y con pincel invisible480
trazase un lema en las auras,
absorto, meditabundo,
llena de inquietud el alma,
con ojos desencajados
leyó con horror: -¡Mañana!-485[122]

- IV -

Presentimientos

D. LUIS. -ELVIRA. -DON PEDRO. EL ALMA EN PENA.

Muestra de lejos la dicha
tanto encontrado fanal,
que ignora el hombre ofuscado
en donde la dicha está.

Hacia la luz más cercana490
corre con íntimo afán,
y aunque al llegar ve el engaño
de su resplandor falaz,
dobla rebelde su empeño,
y con resuelto ademán495
sigue el rastro de otra lumbre
que resurge más alla;

y así van muriendo dichas,
y antorchas naciendo van,
y el hombre las sigue todas,500
al lado de cada cual
suspira, llora y alienta,
para correr más y más.

Por eso don Luis el día
de su brillante esponsal,505
cuanto más se acerca al gusto
lo ve desde mas atrás;
que es atributo preciso
de nuestra estrella fatal,
que el placer que vimos lejos,510
se trueque cerca en pesar.

En vano sacude a veces
alguna sombra tenaz
que sigue a su mente inquieta
como el acero al imán,515
pues siendo un ser increado,
fantásticamente real,
va y viene con terco empeño
donde don Luis viene y va.
Confuso embrión de envidias,520
de celos y de maldad,
de oscuros presentimientos
tan prodigo manantial,
que cuando a su amante Elvira
torna risueño la faz,525
sólo mira en ella a un áspid,
que va en su pecho a abrigar.
Norte de desconfianzas,
brújula de enemistad,
pues ve pasar receloso,530
con la inquietud de un rival,
a todo el que en tono alegre,
en la apariencia galán,
canta de su esposa Elvira
la peregrina beldad,535
y hasta el disimulo observa,
más receloso quizá,
de cuantos viendo su dicha
indiferentes están,
odiando, hecho un caos su juicio540
del más insondable mar,
a unos porque más hablan,
y a otros porque callan más.

¡Triste condición del hombre

que levantando un altar⁵⁴⁵
donde el afán acumula
de toda su larga edad,
la inquietud de algún recelo,
el sinsabor de un azar,
le impelen a que destroce⁵⁵⁰
sus ídolos suspicaz,
viendo miserablemente
entre sus plantas rodar
el fruto de tantos años,
el premio de tanto afán!⁵⁵⁵

En medio de sus placeres
devora a don Luis un mal
de origen desconocido,
pero de aguda entidad,
que en el ardor de su fiebre⁵⁶⁰
no acierta a calificar,
pues sólo ha visto una sombra,
pero una sombra no más,
que era quizá la de Irene,
si no era un ángel quizá,⁵⁶⁵
la que de su mente ciega
se esfuerza por desechar: [123]
y así entre dudas confuso,
de distinguirla incapaz,
ahogando presentimientos,⁵⁷⁰
ríe en su fiesta nupcial,
trocada en infierno el alma,
y la cabeza en volcán.

Bulle el grotesco tumulto
en algazara infernal:⁵⁷⁵
ya de la excitante orquesta
al voluptuoso compás,
ya en el festín descocado,
en impura bacanal,
de copas y de botellas⁵⁸⁰
al atronador chocar,
unos bailan, y otros gritan,
porque en orgía tan brutal
nadie ignora que sin tregua
manda la necesidad⁵⁸⁵
gritar mientras que haya acento,
y beber hasta rodar.

Y no falta uno que entre ellos
busque la felicidad,
y crea ver en los rostros⁵⁹⁰
de Elvira y don Luis la paz,

mientras que aquella forjando
algún sacrílego plan,
se cubre de la sonrisa
con el mentido disfraz,⁵⁹⁵
y éste las llagas oculta
de un invisible puñal
que el corazón lentamente
despedazándole está.

Entre el montón de quimeras,⁶⁰⁰
que le desconciertan más,
pretende huir la zozobra
de un recelo pertinaz,
que le conduce, abismado,
y le arrastra a su pesar⁶⁰⁵
donde don Pedro de Lara
camina con torva faz,
ya hacia abajo, ya hacia arriba,
ora adelante, ora atrás;
y, en vano don Luis procura⁶¹⁰
los ojos de él apartar,
pues le persigue, llevado
de su celosa ansiedad,
cual si el poder le arrastrara
de un secreto talismán;⁶¹⁵
y si una vez por acaso
el rostro vuelve al pasar,
otra vez vuelve, y le mira
con más chocante ademán,
pues le parece que al punto⁶²⁰
cruza el aire una deidad
que le murmura al oído:
-«Allí va Lara, allí va.»-

Y si es cierto que las sombras
de los que murieron ya⁶²⁵
a cuantos seres amaron
vuelven a la tierra a amar,
sin que ellos tengan noticia
de su constante amistad,
pues sólo las ven soñando⁶³⁰
en lontananza pasar;
tal vez los manes de Irene
los que le avisan serán
el doble trato de Elvira,
de Lara la falsedad;⁶³⁵
y acaso también le inspiren
aquel instinto especial
con que sondea sus almas,
cuando engañándole están,

don Pedro fingiendo enojos,640
mostrando Elvira solaz.

Rayó por fin la alta noche,
y como en giro cabal
el sueño sigue al desvelo,
y al gusto la saciedad,645
a dormitarse empezaron
todos, cuál menos, cuál más,
que lo que es grato al principio,
es desabrido al final.

Y huyendo de los curiosos650
la despedida mordaz,
sus dicharachos comunes,
y su ironía vulgar,
tendió don Luis una mano
a su adorada mitad,655
y de una puerta secreta
al trasponer el umbral,
en vano quiso de Irene
la sombra tras sí dejar:
pues a su espíritu asida,660
en tétrica vaguedad,
le fue siguiendo, su pecho
trocando en llama voraz;
por lo que airado el de Castro
de sí empezó, a blasfemar,665
que del deber los recuerdos
son para el hombre un dogal. [124]

- V -

Ilusiones perdidas

DON LUIS. -ELVIRA. -EL ALMA EN PENA.

Desde el dintel de la vida,
hasta el borde de la tumba,
va el hombre sembrando el germen670
de su dicha o desventura.

Y en vano, si espinas coge,
maldice la tierra inculta,
pues creer que nace otro fruto
más que el que siembra, es locura.675

Arroja al aire atrevido
mil esperanzas confusas,
que son de mil desengaños

tantas imágenes turbias.

Levanta en su idea faros⁶⁸⁰
para que alumbren su ruta,
y nubes de pensamientos
sus resplandores ofuscan.

Por los tormentos que hoy sufre
impreca a su suerte dura,⁶⁸⁵
e ignora que ayer sembraba
los males que hoy le circundan.

Si de ayer el devaneo
los males de hoy nos anuncia,
el de hoy podrá ser mañana⁶⁹⁰
de nuestro bien sepultura.

Y jamás llamara el hombre
a la Providencia injusta,
si antes de entrar en la huesa
volviese a mirar su cuna.⁶⁹⁵

Así a lo doble atendiendo
de su pasada conducta,
es fuerza que resignado
don Luis sus tormentos sufra.

Nubló la dicha de Irene⁷⁰⁰
con sus engaños y dudas,
y con sus dudas y engaños
nublará Elvira la suya.

Ambos, huyendo el desorden
de sus agitadas nupcias,⁷⁰⁵
la soledad por testigo
de sus confianzas buscan.

Y sólo en la oculta estancia
se ve, a una luz moribunda,
del blanco lecho en que duermen,⁷¹⁰
el cortinaje que ondula...

¡Mil veces feliz quien logra
tocar así la ventura,
y en ella a saciarse impuros
todos sus anhelos junta!⁷¹⁵

¡Y mil y mil veces triste,
el que en horrible tortura
mira usurpar el tesoro
en donde sus dichas funda!

¡Oh, qué dolor tan intenso⁷²⁰
es cuando en la noche oscura
voluptuosas, escenas
la imaginación dibuja, [125]
y se ve a un ser adorado
terciar amoroso en una,⁷²⁵
y que a un rival más dichoso
besa su boca perjura!

¡En vano entre ambos entonces

nuestro pensamiento cruza,
de nuestro amor excitando⁷³⁰
reminiscencias oscuras,
pues abrumados al peso
de tan sabrosa coyunda,
piensan en sus gustos sólo
hacer sus caricias mutuas,⁷³⁵
sin que un recuerdo consagren
a nuestras glorias ya mustias,
ni un don a nuestra constancia,
ni un premio a nuestra ternura!
¡En vano en giro invisible⁷⁴⁰
allí nuestra mente lucha,
y con añejas memorias
desavenencias formula,
porque dos almas, que el gusto
recíprocamente aúna,⁷⁴⁵
jamás de un voto el recuerdo
sus contentamientos turba,
y uno tras otro, extasiados,
placer tras placer consuman,
mientras que tristes nosotros⁷⁵⁰
ninguno enjugar procura
las lágrimas que entretanto
por nuestra faz se derrumban!
¡Insoportable martirio,
cuando, en postración tan suma,⁷⁵⁵
nuestra esperanza en el aire
sombras acaso figura
que venideros placeres
tan sólo en sombras anuncian,
mientras pasando la noche⁷⁶⁰
negra, silenciosa, augusta,
con su soledad nos dice:
-«¡Jamás! ¡Imposible! ¡Nunca!!!»

Al ver inquietud tan honda,
es de creer que en su angustia⁷⁶⁵
don Luis batalla en idea
con un espectro sin duda.
No halla del placer el colmo
trabado en la lid impura,
aunque al sentido estragado⁷⁷⁰
estímulos acumula.

Es por demás que de Elvira
bese la boca de púrpura,
y que ella a su vez le bese
con amorosa ternura;⁷⁷⁵
porque don Luis, hostigado
por una sombra importuna,

hozando, en vez de placeres,
a tragos la hiel apura.

Imagen que a sus sentidos⁷⁸⁰
llamando con voces mudas,
cual ser etéreo filtrado
de su ser mismo en la hechura,
yerta entumece sus miembros,
dentro de sus venas pulsa,⁷⁸⁵
ciega la luz de sus ojos,
y entre las sienes le zumba.

¿Quiénes serán esos seres
que imperceptibles circulan,
eternos verdugos siendo⁷⁹⁰
de nuestra humana natura,
que ya de remordimientos
el falso aspecto simulan,
ya de pasados errores
hoscos recuerdos apuntan?⁷⁹⁵

¡Triste de él, cuando acudiendo
de su impotencia en ayuda,
don Luis se arroja del lecho
en donde el placer repulsa,
y ve deshacerse al aire⁸⁰⁰
sus dichas una por una,
porque a la vez en su pecho
amor y flaqueza luchan!
¡Cuitado cuando tendiendo,
desde el asiento que ocupa⁸⁰⁵
hacia la mesa en que débil
la luz ilumina turbia,
una mirada sombría,
cuanto sombría iracunda,
acierta a leer papeles⁸¹⁰
de antiguas memorias tumba,
rotos pedazos del alma,
sombras de muertas venturas,
frases de amor elocuentes,
cifras de dolor sañudas,⁸¹⁵
tal vez de Irene regadas
con lágrimas de amargura!

-«¿A qué proseguís, impío,
mi esperanza alimentando,
si en vano os estoy, bien mío,⁸²⁰
noche tras noche esperando?»

«Si Dios les da el sufrimiento [126]
por el mal con que ellos dañan,

¡mucho ha de ser el tormento
de los amantes que engañan!»825

«Y si a mi amorosa holganza
burlasen tus juramentos,
¡plegue a Dios que a tu esperanza
labren sepulcro los vientos!»

«Sin ti me halla el claro día,830
y sin ti, porque más pene,
me encuentra la noche umbría.
¡Sola!... ¡siempre sola!...» -Irene.

Y en el confuso delirio,
que sus potencias ofusca,835
alzó los ojos al cielo,
por cuyas sendas cerúleas
viendo la imagen de Irene
cruzar silenciosa y pura,
-«¡Irene, ángel o demonio,840
que así mis contentos turbas,
perdón!!» -exclama, y el rostro
entre las manos sepulta;
mientras que Elvira, a otro lado
el gesto tornando mustia,845
horribles imprecaciones
en son de rezo murmura.

Segunda parte
Demonio-Ángel.

- I -
El mejor castigo el tiempo
De cuantas dichas traidoras
forjar a nuestra alma plugo,
el tiempo el mejor verdugo,850
y el mejor dogal las horas.

Vienen y vanse los años,
y con mentidas holganzas,
siempre en cambio de esperanzas
se compran los desengaños.855

Tal don Luis a cada instante,
en mengua de su reposo,

fiel recuerda siendo esposo
dichas que gozo de amante.

Y del tiempo que va y viene,860
ardiendo en la oculta pira,
llora en los brazos de Elvira
tristes recuerdos de Irene.

Así de añejos amores
vivimos enamorados,865
y así los gustos pasados
curan presentes dolores.

Que en el insondable arcano
de los mundanales seres,
es de amores y placeres870
el mayor el más lejano.

Aunque sueña en su extravío
con el amor de una muerta,
de una hija la dicha cierta
de don Luis templó el hastío.875

Pues le da a un padre un destello
Dios de su luz soberana,
al darle una hija, como Ana,
de alma hermosa y rostro bello.

Y el menor de los dolores880
debe ser su última queja,
si al morir el hombre deja
quien vierta en su tumba flores.

Que aunque un recuerdo en la vida
sea una dicha ilusoria,885
tanto vale una memoria
entre quien todo lo olvida.

Si a Irene en su desacuerdo
prodigó en vida desdenes,
es el mayor de sus bienes,890
difunta ya, su recuerdo.

Pues siempre nuestra esperanza,
en su error indefinible,
se prenda de lo imposible,
y lo imposible no alcanza.895[128]

Viendo su imagen risueña,
pese a la imagen de Elvira,

con ella al velar delira,
y al dormir con ella sueña.

Y si en vida su alma loca⁹⁰⁰
la desdeñó cruelmente,
hoy la traen a su mente
cuanto oye, imagina y toca.

Que los males o alegrías
que en el corazón se asientan,⁹⁰⁵
los traen, cambian o ahuyentan,
yendo y viniendo los días.

Y en vano al hado enemigo
llamar el hombre procura,
que es de la humana locura⁹¹⁰
el tiempo el mejor castigo.

- II -

Tiró el diablo de la manta

-«Dadme ese papel inmundo,
vil portador de mi ultraje,
antes que en rencor profundo
os dé para el otro mundo⁹¹⁵
con este acero un mensaje.

»Y aunque con portes humanos
las manos a la cabeza
veis que no alzo a los villanos,
sé ponerles con destreza⁹²⁰
la cabeza entre las manos.»-

Y arrancándole al criado
furioso el pliego don Luis,
apeló aquel a la fuga
al ver su ademán hostil.⁹²⁵

Y éste, el papel estrujando,
entre jurar y gemir:
-«Faltó a la red una malla»,
dijo después para sí:
«bueno será que ya preso⁹³⁰
el pez se escurra sutil,
y cauto a los pescadores
enrede en su mismo ardid.»

Y antes de cerrar la puerta
que da en secreto al jardín,⁹³⁵

la fuga del mensajero
volvió a mirar de perfil,
quien aun corriendo seguía
por el opuesto confín,
que como el valor presta alas,940
da el miedo pies para huir.

- III -

Amor con amor se paga

DON LUIS Trémulo don Luis el pliego
desdobla poco después,
sentado frente a una mesa
en la que alumbra un quinqué.945
Al ver la letra, su sangre
se arremolinó en su sien,
de sus rencores anuncio,
de una catástrofe pie.

Y golpeándose la frente:950
-«Huyó con efecto el pez,»
dijo, y derramó una lágrima.
«Quiera Dios que pare en bien.»-

Y entre las manos las sienas,
los ojos sobre el papel,955
rumiando frase por frase
así una tras de otra lee: [129]

-«Aunque teniéndoos presente,
don Pedro, os ame rendida,
dejad que os repita ausente960
que es vuestra siempre mi vida.

»Dejad que os esté el deseo
eternamente adorando,
en vos mismo, cuando os veo,
en vuestra imagen soñando.965

»Bien sé que amándoos sin tino
manchó el honor de un tercero,
pero él me enseñó el camino,
a otra engañando primero.

»Irene a mi esposo amaba,970
cuando yo a vos os quería:
y cuando yo a él le engañaba,
él a Irene amor mentía.

»Doile pues el desengaño
que labró su torpe lengua;975
como la engañó, le engaño:
matar a un traidor no es mengua.

»Que os debo querer, no hay duda;
que antes de mi casamiento
de ello os hice juramento.980
Ana, vuestra hija, os saluda.»-

«¡No era mía!..» -el triste padre
con infantil candidez,
transido prorrumpió entonces,
y luego otra vez, y cien.985
-«¡No era mía!!» -murmuraba,
vertiendo por llanto hiel,
desordenado el cabello,
como la muerte la tez.

¡Ay del corazón del hombre990
si el amoroso cincel
en su espesor lentamente
labrando una imagen fue:
pues ya el sacrílego amaño
de alguna torpe doblez,995
ya el tierno vínculo roto
de una quebrantada fe,
borran hasta el postrer rasgo
de su idolatrado bien,
y cuando el traslado arrancan1000
sale el corazón con él!

-«¡No era mía!.. ¡No era mía!!...»-
gritaba en su afán cruel.
-«Pues mueran entrambas,» -dijo;
y airado tornó a leer.1005
-«Luis a Irene ha tiempo nombra
con amante desvarío:
si todo en el mundo es sombra,
lo mismo es su amor que el mío.

»Y aunque uno a otro nos odiamos,1010
en nuestros locos extremos
callamos, porque miramos
que andamos cuanto corremos.

»Yo le miento placentera:
el mentiroso me halaga:1015
si el es falso, yo embustera:
amor con amor se paga.»-

Cuando nuestra alma estremece
de la fortuna un vaivén,
de cuyo estrago los ojos1020
el fin no aciertan a ver,
ata nuestra voz el pasmo,
y nuestra mente un cancel:
el corazón mal herido
deja sus alas caer;1025
las lágrimas que a los ojos
aun no se asomaron bien,
vuelven por la misma senda
al pecho exequias a hacer;
lágrimas que idolatradas,1030
si no la animan tal vez,
mueren con ella en el fondo
del alma que las dio el ser.

¡Pobre don Luis que, privado
de amor y honor a la vez,1035
perdió con prendas tan caras
el sentimiento también,
y desmayados sus miembros,
entumecidos sus pies,
sólo en su extático rostro1040
en mezcla mortal se ven
lo estúpido de la infancia,
lo débil de la vejez!

¡Y más triste todavía
cuando en reacción cruel1045[130]
aglomerada su sangre
vuelve en las venas a arder,
sus miembros se vigorizan,
torna a transpirar su tez,
y una y mil veces trabado1050
en violentos traspiés,
mide furioso la estancia
desde una a la otra pared,
hasta que un puñal asiendo
en ansia de no sé qué,1055
clamó, cual si desalado
corriese tras no sé quién:
-«¡Amor con amor se paga;
tiene razón mi mujer!»-

[131]

El ángel de la guarda

I

DON LUIS Execraciones lanzando1060
en los extremos de su ira,
llegó don Luis a la estancia
de su idolatrada hija;
y aunque hondamente entrañables,
tal vez desapercibidas,1065
rodaron algunas lágrimas
por sus candentes mejillas,
al encaminar sus pasos
del aposento a una esquina,
en donde en confuso aspecto1070
el lecho de Ana divisa.
Asiendo con ruda mano
las misteriosas cortinas,
ya iba aquel pecho tan virgen
a desgarrar, parricida,1075
cuando las soltó, impelido
de una repugnante grima,
con el afán batallando
de esas sensaciones íntimas,
que emanándose espontáneas1080
de su contextura misma,
sin prevenciones ni amagos
el corazón nos lastiman.

¡Horrible será sin duda
de un padre la suerte indigna,1085
cuando por un caso de honra,
tal vez por una mentira,
dar ofendido la muerte
pretende a quien dio la vida,
y un ídolo edificando,1090
para aventarle en cenizas,
mece una mano su cuna,
y la otra enciende su pira!

Así el amor sofocando
del honor voces malditas,1095
ilusiones en que débil
la humana flaqueza estriba,
tuvieron del asesino
la voluntad indecisa,
hasta que brotando en su alma1100
preocupaciones impías,

que revelaban del mundo
sarcásticas invectivas,
corrido, desesperado,
por una irónica risa1105
que se engendró en su conciencia,
clamó infeliz: -«¡Hija mía!!»-
y descolgando el acero
sobre las holandas finas,
tan crudos golpes reparte1110
que el corazón petrifican.

Y mientras don Luis la muerte
aquí y allí disemina,
sin conocer ofuscado
que el aire sólo acuchilla,1115
Ana en el jardín contempla
la luz de la luna tibia,
ante la cual giran sombras,
partos de su fantasía; [132]
y así encuentra delirando1120
gustos en vez de desdichas,
que no son los que más yerran
los que en el mundo deliran.

II

ANA. -EL ALMA EN PENA.

¡Bien haya la inocencia,
precioso don del justo,1125
que sin broquel robusto
su frágil existencia
guarda la Providencia
con su poder augusto!
Deslízase la vida1130
en tan sabroso estado,
en brazos adormida
del tiempo nunca airado;
como fugaz paloma
por un cielo de aroma1135
cruza con pompa suma,
o cual botado esquife
sin miedo a un arrecife
orza en mares de espuma.

¡Feliz mil veces Ana1140
que con tranquilo pecho
deja el amor del lecho
por respirar temprana
la brisa que serena

en noche tan amena1145
murmura a su ventana!
Miden sus ojos bellos
del campo las alfombras,
y ven sombras y sombras
vagar a los destellos1150
de la naciente luna
que baña la alameda,
y aun cree escuchar alguna
que la murmura queda:
-«Baja a los campos, niña,1155
halle tu alma inocente
refugio en la campiña.
Guay que el volcán ardiente
los árboles desgaja
cabe tu hermosa frente!1160
Deja el monte eminente:
baja a los campos, baja.»-

Y dócil a su acento,
con infantil contento,
de la tendida vega1165
donde el volcán no llega,
movió su pie inconstante
por el floreal camino;
que nunca un pecho amante
de la virtud tocado,1170
desoye, rebelado,
la voz de su destino.

La augusta perspectiva,
que ve como soñando,
y el aura que oye esquivada1175
tonos de amor formando,
y aquellas sombras vagas
que embozan la floresta,
a cuyo centro oscuro
parece que a un conjuro1180
vienen como de fiesta
las protectoras magas,
confusamente un mundo
forjan de Ana en la mente,
hermoso sin segundo,1185
donde confusamente
se oyen tiernas canciones
nunca escuchadas antes,
y vense perfecciones
de no vistos amantes;1190
y se aspira la esencia
de unas flores sin nombre,

que esquivan la presencia
de la mansión del hombre;
y mÍranse las danzas 1195
de plantas fugitivas,
risueñas lontananzas,
citas de amor furtivas;
porque una noche clara,
de sombras nunca avara, 1200
tantos prodigios junta
en almas hechiceras,
si en ellas ya despunta
la edad de las quimeras.

Rayando la mañana 1205
tocó a su fin la luna,
y al ver las sombras Ana
deslizarse una a una,
y que insensible huía
la más idolatrada 1210
creyó que de callada
pasando, la decía:
-«Ya viene la mañana;
vuélvete, niña, al lecho
do no amaga tu pecho 1215
la antes hambrienta fiera. [133]
Llora a los tristes, Ana:
torna al redil, cordera.»-
Y a la luz matutina,
del sol que empezó a alzarse, 1220
la imagen peregrina
vio de Irene alejarse,
cual iris inseguro
que ya sin fuerza alguna
un débil claro-oscuro 1225
esparce desteñido;
o cual rayo de luna,
que acaso con mancilla
más enturbia que brilla
a los del sol tendido. 1230

Y al ver las limpias huellas
Ana, del claro día
que intenso destruía
sus ilusiones bellas,
la lumbre maldiciendo 1235
del sol que iba creciendo,
traspuso la distancia
de su vecina estancia,
hallando de esta suerte
el sueño más tranquilo 1240

allí donde ha tan poco
que con intento loco
sentó con mano fuerte
de su guadaña el filo
la inexorable muerte.1245

¡Cuanto fueran distintos
los más funestos hados,
si siguiesen lanzados
los hombres con anhelo
los mágicos instintos1250
que les inspira el cielo!

- V -

Lucha con el destino

DON LUIS. -ELVIRA. EL ALMA EN PENA.

Al ver el lecho vacío,
en amarga transición,
tiñó de don Luis el rostro
más que la rabia el rubor.1255
Y de sí mismo afrentado
de la estancia de Ana huyó,
cual buscando de la sombra
asilo en el espesor:
y a solas con ciego encono1260
golpeándose el corazón,
gimió de sí con desprecio,
y de vergüenza lloro;
que, más que pese a su orgullo,
y pese a su propio amor,1265
se ven, al verse tan viles,
tales cual los hombres son.

Lloró infeliz, pero al cabo
reconcentró su furor,
y al aposento de Elvira1270
su rabia le encamino;
porque detener al hombre
tan sólo pudiera Dios,
cuando ya empezó el camino
de su eternal perdición.1275
Y en vano en tan duro trance
de un espíritu el amor
pretende obstruirle el paso
en fantástica ilusión;
y en vano sus turbios ojos1280
girando ante ellos nubló,

y desconcertó su mente,
y ahogó su respiración,
porque don Luis despeñado,
sin luz, sin alma y sin voz,1285
hasta la estancia de Elvira
colérico se arrastró;
pues siempre con el destino
lucha el hombre con valor, [134]
aunque siempre al ser postrado1290
gime con vil abyección.

Reposa Elvira en el lecho,
y al desacorde rumor
que hizo al abrirse la puerta
cuando en sus goznes rodó,1295
ni tuvo de alzar los ojos
la más fugaz tentación,
porque también duerme el crimen
tras el desvelo traidor.
Y vanamente en el alma1300
una celeste visión
como inspirados acentos
piadosa le murmuró
secretas voces de huida,
palabras de salvación,1305
oscuras frases del cielo,
ecos de un ser velador,
pues ensimismada entonces
en su tenaz postración,
necia de escuchar se abstuvo1310
seres que tanto ofendió.
¡Mas ay! que al fin desoyendo
instintos del corazón,
pronto vio enfrente a su esposo
que con aspecto feroz1315
audaz sorteaba su seno,
y en ansias mortales: -¡Oh!!!-
pudo pronunciar apenas
su labio con muerto son,
porque de su blanco pecho,1320
formando un profundo hervor,
se abocaron por la herida
la sangre a un tiempo y la voz.

Petrificado el de Castro,
con satánico furor1325
ni lágrimas ni suspiros
en holocausto rindió,
porque tan viles crueldades
en casos tan tristes, son
ínfulas que da el orgullo,1330

alientos que da el honor:
y a la luz nocturna que entra
por el contiguo balcón,
sobre una mesa, tranquilo,
así a escribir se sentó:1335

-«Don Pedro, mi esposa ha muerto.
Yo soy noble: vos galante:
y es quimera,
que la que, con trato incierto,
esposo tuvo y amante,1340
sola muera.»

«Sitio, -la playa: -hora, -ahora:
las armas, -una a los dos
satisfaga:
si una daga a la traidora1345
dio muerte, déosla a vos
una daga.»

«Rogad a Dios... ¡Oh! vuestra ira
me alzaré el padrón maldito
que hoy arrastro.1350
¿Visteis la sangre de Elvira?
Pues ved con qué tinta he escrito.
-Luis de Castro.»-

Y tendiendo al levantarse
los ojos en derredor,1355
en el adúltero rostro
por postrer vez los clavó;
y luego asestando a su alma
un dardo la compasión,
de sí mismo, y de su crimen,1360
de allí huyendo se alejó;
y al ser que labró su infamia,
pero qua encendió su amor,
solemnizarle a sus ojos
en las tinieblas dejó;1365
y doblando de la noche
con sus quejas el horror,
dijo así el triste, llorando,
o así decirlo pensó:

-«¡Caed sin vergüenza, orgullo,1370
llorad sin afrenta, honor,
que de llanto y de deshonras,
sepulcro las sombras son!!!»-

- VI -

Honor y amor hacen locos

DON LUIS. -DON PEDRO. EL ALMA EN PENA.

Vaga en un páramo un hombre,
casi perdido en la sombra,1375
y el paso, como el que espera,
para, lo alarga o lo acorta.
Y así, sereno o impaciente,
mira rodar horas y horas,
mientras convulsos sus labios1380
murmuran, rezan o votan.
Su descompuesto semblante
bien a las claras denota
que al corazón del de Castro
mudos instintos acosan.1385
Y poco será por cierto,
aunque a su mirada torva
la imagen se le presente
de la ensangrentada esposa,
y que flébiles las brisas1390
imiten sus quejas hondas,
a cuyo son entrañable
llore infeliz, como llora;
que es distinto cuando un hombre
juzga de un crimen a solas,1395
que cuando ardiente al cerebro
la sangre en montón se agolpa.

¡Oh, mucho diera sin duda
por disipar el aroma
de aquellas manos sangrientas1400
que desesperado frota!
¡Quién le volviera a los días
de más alegres auroras,
cuando escuchaba de Irene
mal entendidas lisonjas;1405
o a cuando su mente tuvo
aun no formadas memorias,
o a cuando rayó su infancia,
o a otra edad más remota:
porque son tan verdaderas1410
de nuestra vida las glorias,
que si nuestra alma una a una,
las va recordando todas,

truncando edades y edades,
de una en otra, y de otra en otra,1415
nuestra mente hasta la nada
de do salimos nos torna!

Entre las nieblas, de un hombre
adivinando las formas,
alborozado a su encuentro1420
don Luis el paso redobla.

Y con apuesta actitud
le apostrofó con voz clara:

DON LUIS Salud, don Pedro de Lara.
DON PEDRO Don Luis de Castro, salud.1425

Y unas quejas de sus labios
se desprendieron tan hondas, [136]
que ambos con mutuo desprecio
las tuvieron por congojas.

DON LUIS Mucho, don Pedro, tardasteis.1430

DON PEDRO Cual me habéis aconsejado,
con Dios me he reconciliado.

¿Y vos, os reconciliasteis?

DON LUIS Yo, por si no solventamos
algunas cuentas primero,1435
morir condenado quiero.

DON PEDRO Pues vamos, don Luis.

DON LUIS Pues vamos.

Y apercibiéndose al trance,
con una sonrisa irónica
clamó don Luis, extendiendo1440
al aire una banda roja:

DON LUIS Con ésta, si no os asombra,
nos ataremos, don Pedro.

DON PEDRO A nada, don Luis, me arredro.

DON LUIS ¡Es tan cobarde la sombra!...1445

DON PEDRO Si desasirnos podemos...

DON LUIS ¡Huir!... ¿tan cobarde fuerais?...

DON PEDRO ¡Huir!... ¿y creer pudierais?...

DON LUIS Pues atemos.

DON PEDRO Pues atemos.

Y al alargarse las manos,1450
en tales lides ociosas,
parece cuando las ciñen
que las muñecas se tronchan.

Y ya fuertemente asidos,
miradas se lanzan hoscas,1455
presas las siniestras manos,
y alto el puñal en las otras.

Tened, pese a vuestro encono,
las aun no manchadas hojas,
bastardos sostenedores1460
de imaginaciones locas.
¿A qué dios rendís impíos,
como ofrenda ignominiosa,
la sangre encolerizada
que derramáis gota a gota?1465
¡Ah, sin duda a las deidades
que el hombre en su engaño forja:
-al amor, -honor -y orgullo!-
¡brumas! ¡ilusiones!! ¡sombras!!!
Amaina, don Luis, la furia1470
de tu pasión rencorosa,
que ese puñal homicida
por donde baja destroza.
¿A qué te anegas en sangre
por una palabra rota,1475
cuando tantos juramentos
falsa quebranto tu boca?
¡Duelo común de los hombres,
que con flaqueza notoria
venguen las ajenas faltas1480
santificando las propias!
Detén el puñal, don Pedro,
que quien de hidalgo blasona,
no es justo quite la vida
a quien ya privo de la honra.1485
No vengues, no, de tu amante
la desastrada memoria,
que son del amor recuerdos
nieblas del aire traidoras.
Tente, don Luis, porque en tierra1490
a dar vas ciego de cólera.
Atrás, don Pedro: ¿qué noble
debe a un traspies la victoria?
¿Y adónde estás en tal cuita,
imagen de Irene hermosa,1495
que en son de paz sus afanes
no departes mediadora?
Sin duda tu acento no oyen,
que hombres que a tanto se arrojan
no es mucho, no, que del cielo1500
voces internas desoigan.
Cesad, que ya de los rostros

la sangre a torrentes brota.
Cía, don Pedro, que mueres.
El paso, don Luis, acorta.1505
¡Ay, que mejor que el alfanje [137]
casi el furor os ahoga!...
El pecho, don Pedro, esquiva:
corre... vuela... el paso dobla...
Alza, don Luis, el acero...1510
ten... oye... ¡misericordia!...
¡Triste de vos, el de Lara,
si el cielo ya no os perdona!!

A la maldición postrera
que exhaló don Pedro ronca,1515
quedaron del asesino
ciegas las potencias todas,
y mientras la calma espera
con resignación estoica,
el mutilado cadáver1520
asido al brazo le encorva.
En vano el acero busca
del campo sobre la alfombra,
para evadirse del peso
que cruelmente le agobia;1525
pues al sepultarle airado
con la indignación más loca,
quedó del triste don Pedro
entre las entrañas cóncavas;
e inútilmente su diestra1530
las ligaduras destroza,
por ver si un piadoso esfuerzo
de sí el cadáver arroja,
que la invisible potencia
de una deidad misteriosa1535
parece que al mismo crimen
al criminal aprisiona.

Entre el insondable caos
que todo su ser trastorna,
cree ver los gestos horribles1540
de mil figuras diabólicas
que asen del muerto, doblando
el peso que le acongoja,
y huye, arrastrando el cadáver
que le demandan las sombras,1545
sin escuchar sus aullidos,
carcajadas estentóreas,
que pavoroso el infierno
en señal de triunfo aborta.
Y es inútil si contrito1550

la gracia de Dios no implora,
que huya, rompiendo los lazos
que al parecer le eslabonan,
pues mientras que el mundo cruce,
que gire, que pare o corra,1555
siempre dejando el infierno,
verá que su senda cortan,
ya la sombra del amante,
ya la imagen de la esposa;
y aunque no tan crudamente1560
como a él le acosan ahora,
a cuantos al mundo nacen
remordimientos acosan,
si no del brazo pendientes,
asidos a la memoria.1565

Oyendo solo, abismado
en confusión espantosa,
los gritos de la conciencia
que calladamente asordan,
corre el de Castro, ya viendo1570
simas que a sus pies ahondan,
ya fieras que le persiguen,
ya montes que se desploman;
y trasluciendo entre nubes
de Irene la blanca sombra,1575
único faro que alumbraba
al infeliz que se ahoga,
por su presencia alentado
corre gritando: -«¡perdona!»-
y ella: -«¡sígueme!» -responde,1580
cual eco de su voz propia,
y siempre asido al cadáver
que entre las peñas destroza,
de la desterrada amante
sigue la luz misteriosa,1585
luz que para el pobre Castro
es de la esperanza copia,
pues la luz de la esperanza
es tan intensa y tan pródiga,
que cayendo sobre el mundo1590
desde el crisol de la gloria,
por más que su paso obstruyan
las nieblas caliginosas,
se debe ver del infierno
aun desde las grutas lóbregas.1595

¡Oh! viendo su atroz martirio,
no hay Dios, si Dios no perdona
al que sus culpas expía

con amarguras tan hondas!

¿Ni cuál purgatorio, el cielo1600
en el horror de su cólera,
pudiera imponer más duro
al que sus leyes trastorna,
que atar del verdugo al cuello
la víctima a quien inmola,1605
y hacerle ver en su angustia
las ensangrentadas sombras
que desatado el infierno [138]
para horrorizarle arroja,
nieblas que su vista ofuscan,1610
simas que a sus pies se ahondan,
ya fieras que le persiguen,
ya montes que se desploman?

¡No, viendo su atroz martirio,
no hay Dios, si Dios no perdona1615
al que sus culpas expía
con amarguras tan hondas!

Y con el ansia del triste
que una esperanza remota
ve tras la impía falange1620
de muertes mil que le acosan,
corre, oyendo débilmente
aquel: -«¡sígueme!» -que sorda
la voz de Irene murmura
cual eco de su voz propia,1625
hasta que por fin, rendido
al crudo afán que le agobia,
ya resbalando en aquella,
ya tropezando en estotra,
cayó exánime el de Castro1630
sobre las heladas rocas.

[139]

- VII -
Dios es piadoso

DON LUIS. EL ALMA EN PENA.

Sobre unos rudos escombros
don Luis sus tormentos sufre,
en tanto que gota a gota

sangre sus heridas fluyen.1635
Y solo, y sin esperanza
que sus dolores endulce,
sin fruto invoca las sombras
de sus recuerdos ilustres;
que hasta en su angustia postrera1640
dejando su ruego inútil,
le abandonaron de Irene
las tiernas solicitudes;
pues tal vez como las dichas,
también los amores huyen,1645
y en llegando a un coto cierto
también como ellas sucumben.

Y es fuerza cuando su eclipse
el último amor anuncie
que de la vida del hombre1650
la postrer hora se apure,
porque deshechos los lazos
que a la existencia nos unen,
anhela nuestra alma alientos
de atmósferas más salubres.1655

Vanamente sus memorias
don Luis al morir reúne
porque a su eterna partida
con el perdón le saluden,
pues solemnizan tan sólo1660
sus últimas inquietudes
cadáveres que le espantan,
demonios que le circuyen,
sangre cuyo hedor le ahoga,
la noche que horror infunde.1665

Y antes que débil el alma
rindiese en su pesadumbre,
exaltado en el delirio
en que su dolor le sume,
volvió exánime los ojos1670
a las inmortales cumbres,
y vio ante el Señor postrada
de Irene la imagen dulce,
que ya olvidando a su muerte
sus negras ingratitudes,1675
de su perdón en demanda
de Dios a los pies acude...

¡Bien haya amén la sombra desterrada
que con tan noble empeño
a expiar sus ensueños condenada1680
la causa adora de su amante ensueño!

Bien hayas tú, la que el amor intenso
de los buenos granjeas;
cuantos queméis a la virtud incienso
conmigo prorrumpid: -«¡Bendita seas!»-1685

¡Ah! tal vez vengan nuestros pies siguiendo
en lúgubre bandada,
cuantos fueron la huesa trasponiendo
al golpe atroz de nuestra injusta espada. [140]

Roncos tal vez los seres de otro mundo1690
junto a nosotros gimen,
y como Irene con amor profundo
nuestros delitos con su prez redimen.

Sí, desbandados por el fácil viento,
ya acaso sin enojos1695
gimen al son de nuestro mismo aliento,
ven con la luz de nuestros mismos ojos.

Y si el rencor tras de la huesa fría
con tanto amor se paga,
¡cuándo la luz de la existencia mía1700
el yerto soplo de la muerte apaga!

Sonriéndose el Eterno
con celestial mansedumbre,
en santas aclamaciones
acorde el cielo prorrumpe;1705
y de su gracia impulsado,
sobre arbolada nube
delante de Irene un ángel
a dar el perdón acude
al alma, que atribulada1710
con tétrica incertidumbre,
ya de la cárcel terrena
rompe los lazos comunes.

Y poco después se vieron
sobre los aires azules1715
de Irene y don Luis las sombras
rodeadas de eternas luces,
y mostrándolas alegre
la patria de los querubes,
gloriosamente en sus manos1720
a entrambas el ángel sube.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

